

auténtica plenitud de las exigencias cristianas. Complace a Pío XI—y así se advierte por ciertas líneas de su Encíclica—que la idea religiosa tenga esa firme y flexible actitud y que se preste a esos penetrantes pasos, sin aceptar nunca ninguna atención ni ninguna amonación; y el Señor de Sales, bajo este aspecto también, se convierte para los escritores católicos en un preceptor oportuno.

Pero, desde luego, otro rasgo de su fisonomía viene a preservar de una tentación peligrosa a los que quisieran regirse por él. Para convertirse en un conquistador como él lo fué, es tan natural volverse belicoso... Pero, alto ahí, pues in-

terviene el propio Señor de Sales. Estimaba que «de la disputa no surgen sino la confusión, y que no es de ella de donde salen las conversiones». «Que se predique con amor, decía, que se predique bastante contra el hereje, aunque no se pronuncie una sola palabra de disputa contra él». Los escritores católicos tienen en lo sucesivo un patrón que recomienda a sus plumas el espíritu de paz. Y ya entreveo, en su futura capilla de corporación, cierto rincón muy discreto, muy oscuro, en una nave lateral: allí encontrarán asilo, al abrigo de las miradas del santo, cuya estatura dominará el altar mayor, ciertos escritores a quienes molestará el recuerdo de

sus pecados de polémica, así como el de las salidas de tono, más o menos agrias, de sus plumas febriles.

Creo que habría sorprendido mucho a algunos prelados galicanos de la monarquía de julio, si se les hubiera anunciado que, tres cuartos de siglo después de ellos, un Papa consagraría y ratificaría, como una especie de fenómeno normal en la vida de la Iglesia, la actividad colectiva de los «escritores católicos». Recuerdo el extraordinario descontento de que dieron testimonio Monseñor Blanquart de Bailleul, arzobispo de Rouen, Monseñor Olivier, obispo de Evreux, porque Montalembert se permitió publicar artículos o folletos en favor de la Iglesia.

¿Con qué derecho se mezclaba ese intruso? Fué preciso nada menos que un elocuente opúsculo de Monseñor Parisis, obispo de Langres, para reivindicar el derecho de los laicos católicos de hablar a sus contemporáneos sobre cosas de la Iglesia.

Los tiempos han cambiado: Pío XI, hoy, atribuye a los escritores católicos la más honrosa e insigne de las filiaciones; les agrupa en torno de San Francisco de Sales como a una posteridad espiritual, que participará de prestigio y se aprovechará de sus lecciones.

GEORGES GUYAU

(*Le Figaro*, París. A comienzos de 1923).

Huellas de imágenes



EN el patio iluminado por la luna hay gente joven que ríe. En la puerta, bajo una enredadera en flor, una muchacha trata de leer un verso, y suspira. Apoyada en el alféizar de la ventana que cae al patio hay una anciana. La habitación está a oscuras.

La anciana dice con acento tranquilo, teñido de leve melancolía: — Cuando yo era joven la luna alumbraba más...

Y yo siento que esta frase, sale de esa boca como un hilo de perfume que se hubiese quedado dormido y olvidado entre los pétalos de una rosa guardada en el rincón de una arca antigua.

¡Cuando yo era joven, la luna alumbraba más!...

* * *

NOCHECE. Frente a mi puerta pasa una pobre mujer con un niño de seis a siete meses en los brazos. Es despierto y vivaracho. La cabeza cubierta por un gorrito de encaje sucio, se agita y hace recordar el inocente balanceo de las margaritas de los prados cuando pasa una ala de viento. Va mal abrigado y al verlo, anhelo que el mismo que viste los lirios del campo que no trabajan ni hilan, cubriera misericordioso esta carne tierna y sonrosada.

Los ojitos brillan en el rostro gordezuelo, inquietos y confiados.

La mujer se detiene. El niño me sonríe y su sonrisa cae dentro de mi corazón como la gotita de rocío que rueda de una brizna de hierba. Me

brinda su mano breve, bien abierta, con los dedos separados. ¿Acaso una estrellita blanca se ha desprendido del cielo y viene a acariciarme?

Ella dice:—Busco a quien regalar este chiquito. Estoy muy enferma y tengo que irme al hospital. ¿Lo quiere usted?

Pero yo debo partir muy lejos dentro de dos días, y en mi casa no hay nadie que quiera hacerse cargo del niño.

Contesto:—No puedo. Y el niño sigue sonriéndome y haciendo cabrillar su mano diminuta delante de mis ojos.

La mujer se aleja. Llama a una puerta y a otra y por fin miro perderse entre las sombras la cabecita que se agita sobre el hombro materno, risueña y descuidada.

* * *

JUEGAN niños en mi calle. El sol se pone y su luz dorada pasa su caricia fugaz sobre los tejados. Corren los niños y sus gritos caen como guijarrillos e inquietan este remanso de vida que es mi calle.

—¡Quedó Daniel! ¡Quedó Daniel! claman los chiquillos y Daniel corre tras ellos envuelto en un largo delantal oscuro, los ojos luminosos, la boca entreabierta, las mejillas ardientes, los cabellos en aureola trémula en torno de la frente en forma de capullo.

Un vendedorcito de periódicos pasa frente a mi ventana pregonando: *La*

Prensa con el suicidio de ayer...

Alguien comenta cerca de mí:—Fué Daniel, el hijo menor de aquel vecino nuestro que vivió en la casa de corredor de la esquina. Se mató por amor.

Ah! sí, Daniel, el niño que corría hace unos quince años por mi calle, en las tardes.

Y pasa a través de mi memoria, envuelto en su largo delantal oscuro, los ojos luminosos, la boca entreabierta, las mejillas ardientes, los cabellos en aureola trémula en torno de la frente semejante a un capullo de ilusión.

* * *

TENGO entre mis manos una sombrilla muy vieja. Perteneció a la viejecita que enterraron esta mañana. Ella no me conocía, pero yo guardo su sombrilla, lo mismo que se guarda un soneto de Ronsard. La usó cuando era muy joven. Yo creo que esta sombrilla es mayor o contemporánea de las crinolinas.

Me parece verla moviéndose muy lejos en el tiempo, como una onda de juventud, sobre una cabellera negra y animada.

Comparada con las que se llevan ahora, parece de juguete. La varilla central es muy larga y delicada; la sombra de seda roja—un círculo pequeño casi para cubrir la cabeza apenas—tan desteñida que ya no parece roja,—con listitas verdes, y en torno un flequillo forma como una ronda de recuerdos de ensueños. Cerrada, sugiere una ramita en otoño y abierta, una amapola marchita que por milagro no se hubiese deshojado y que de pronto se pusiera a soñar que se abre y se pone fresca al conjuro del sol.

Por las desgarraduras de la tela me pongo a mirar las estrellas; pienso en la anciana que protegió de joven con esta sombra de seda entonces viva, su cabeza que ahora reposa entre la tierra.

La brisa se enreda en el fleco de la sombra y el llanto en mis pestañas.

* * *

Se trata de un desecho humano: robos, y por fin un crimen horrible, de esos que producen náuseas en el pensamiento de las gentes honradas. Encerrado en su celda, espera el día en que lo envíen por veinte años al presidio.

Está tendido en su camastro; dicen que tiene fiebre. Como duerme, su máscara repugnante está tocada de cierta tranquilidad que pone en el curioso que lo mira a través de la abertura practicada en la puerta, un inmenso dolor, una angustiosa interrogación dirigida a Dios.

Por la reja abierta casi a la altura del techo se ve palpar el azul y el oro de la mañana de verano. De pronto suena un gorjeo. Es un comemaíz que canta posado en el alféizar. Otro contesta al reclamo. Debe estar muy cerca.

Jamás el canto de un pájaro ha entrado con tanta dulzura en mi oído.

¡Oh! pequeña espiga de armonía, que has venido a desgranar tu música en esta prisión en cuyo fondo duerme una criatura execrada por los hombres!

El comemaíz se desprende de la reja y viene confiado a picotear en un cajón que sirve de mesa cerca del lecho. Parece familiarizado con el lugar y no se asusta cuando el prisionero se remueve en su cama. Busca con atrevimiento, se acerca a la cabeza del durmiente y emprende el vuelo con un enredo de cabellos en el pico.

Yo recuerdo que los comemaíces están en la época de sus amores. Los he visto atareados en mi jardín.

Y el mechoncillo arrebatado de la cabeza de este criminal, en el cual los hombres morales piensan con rencor y asco, es llevado por los aires en esta mañana brillante como una guedeja de ternura y servirá para tejer un nido; será una llamita a cuyo calor brotarán unas alas que cruzarán el espacio con inocente alegría, y que despertarán un anhelo de amor y de belleza al volar sobre la frente de algún soñador.

CARMEN LYRA



Motivos

Días soleados

A FLOR DE LUNA

VERANO! En el alma hay un florecer de ilusiones al conjuro de estos días soleados y estas brisas juguetonas. Brisas de verano, caprichosas, volubles! Hojas secas, que vais de tumbo en tumbo, sin orientación, a merced del viento, remedo de las humanas existencias sin orientación espiritual. ¿Qué destino os espera? ¿Cuál de vosotras irá a caer en la corriente del río hasta perderse en inmenso mar? ¿Cuál quedará prendida de una tela de araña salvadora, que es como un remanso de paz en ese rodar?

Como vosotras, las almas humanas ruedan impelidas por el destino. Unas encuentran la «morada de paz»; otras, las más, siguen su vida de constante rodar hasta perderse. ¿Cuántas caerán en el río turbulento del vicio y seguirán hasta morir en el mar de la mayor miseria?

Vientos del verano, que lleváis alegría a todos los corazones y que traéis juventud en los recuerdos a las almas cansadas, sed vientos de bondad. ¡Que prendáis un girón de paz en nuestras almas!

Días soleados, claros días del verano, ¡que seáis una promesa de eterna luz para la humanidad doliente!

Enero, 1926.

Noche de plenilunio

Es noche de frío y luna. Sopla el viento fuertemente. He venido a refugiarme en la tibieza de mi alcoba, huyendo de esta luz pálida que se introduce hasta lo más íntimo de mi ser. Desde aquí oigo la serenata de un grillo a la luna. Presiento que ese canto no me dejará un minuto de reposo en toda la noche.

...¡También en mi corazón tu recuerdo es un grillo que gime eternamente su nota de dolor y que no me dejará reposar nunca en el blando almohadón de la ventura!

FUGITIVA

Dic. 1925.

Con todas las simpatías del Sr. gm.

Próximos CONVIVIO: La tercera serie de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano,

y

Ensayo sobre el Destino, páginas hondas y emocionantes de Alberto Masferrer.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Suscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N.º 682

La Plata, Rep. Argentina

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kœpfer.